

## EL DESEO DE SABIDURÍA

“Todos los hombres, por naturaleza, desean saber”. Con esta conocida sentencia empieza Aristóteles la *Metafísica*. El deseo de saber es consustancial a la persona, por más que nunca se hace realidad del todo, ya que por mucho que lo ejercite, siempre queda un inmenso campo de saber para explorar, un océano que, aunque viviésemos centenares de vidas, no podríamos llegar a conocer.

No podemos medir el intervalo que hay entre lo que sabemos y lo que nos queda por saber. Si pudiésemos cuantificarlo, querría decir que tenemos una cierta idea de lo que queda por saber, pero es justo esto lo que no conocemos. Creemos saber mucho, pero, en cada momento, el campo de conocimiento se va ampliando. Quien realmente cree saberlo todo es un hombre muerto, intelectualmente hablando. Es, precisamente, la consciencia del no saber lo que im-

pulsa a saber más, a conocer lo que aún está lejos de nuestro alcance.

Mientras hay deseo, hay movimiento, esfuerzo, abnegación y tensión hacia un horizonte. Esta tensión da sus frutos, a corto o a largo plazo. La verdadera derrota consiste en creer que ya se sabe todo o que no hay nada más por saber. Esta ufanía sólo lleva al estancamiento, a su imitación. El anhelo de saber es el motor de la historia de la ciencia, de la técnica, la verdadera fuerza motriz de la humanidad.

Con grados de intensidad diferentes, este deseo es extensible a todas las personas, une a los seres humanos y es, además, la razón del progreso y el desarrollo de los pueblos. Se detecta ya, espontáneamente, en la pregunta inquisitiva del niño. El padre le responde, pero de la respuesta brota una nueva pregunta y, de ésta, otra, y, así, en una espiral sin fin que deja al padre sin argumentos. Lo que cansa de un niño no son las preguntas que formula. Lo que realmente nos angustia es darnos cuenta de que tenemos tan pocas respuestas.

El niño no se contenta con preguntas periféricas. Formula preguntas fundamentales, casi metafísicas. No se contenta con saber que el abuelo ha muerto

porque estaba muy enfermo. No tiene suficiente con saber el nombre de la enfermedad que padecía. Quiere saber por qué hemos enfermado, por qué tenemos que morir, por qué narices tenemos que irnos de este mundo. El niño no tiene suficiente con saber cómo se originó el mundo. Quiere saber por qué hay mundo, por qué hay alguna cosa y no, más bien, la nada. Este afán de interrogación está ya presente en las primeras fases de la vida humana.

Después, tras un tiempo de preguntar en vano, quedamos tan abrumados por la ignorancia, sentimos tan intensamente la incompetencia de los otros y la propia, que dejamos de hacernos grandes preguntas. Sólo algunos se empeñan en no dejar de ser aquellos niños inquisitivos que fueron. Éstos son los aspirantes a sabios.

Si nos contentáramos con lo poco que sabemos no podríamos crecer en ningún sentido. Crecer es pasar por la crisis del desconocimiento, por el cedazo de la ignorancia. Sólo puede crecer quien es capaz de cuestionar sus conocimientos, descubrir que hay campo para recorrer. Es justamente esta inquietud por saber, por conocer aquello que está oculto, para encontrar el fondo de las cosas, lo que nos salva de

la caída en la ignorancia y nos abre a nuevos espacios de realidad.

La ignorancia, con todo, es el estado natural del ser humano, pero aspiramos, desde el fondo del corazón, a saber, a conocer las cosas que nos rodean. Reconocer la ignorancia que se padece, como Sócrates hacía en el ágora, es ya un ejercicio de sabiduría. Como escribe Apuleo, “el necio es incapaz de reconocer su necesidad, como el ciego de verse a sí mismo”,<sup>1</sup> mientras que el sabio es sabio, precisamente, porque sabe los límites del territorio que conoce y es extremadamente cauteloso a la hora de hablar de lo que no sabe.

La ignorancia exhibida, atrevida, mostrada impudicamente, no es un fenómeno nuevo. La vemos desnuda por los grandes medios de comunicación de masas, sin pudor se desahoga, se muestra en su cruda y triste realidad, pero esta debilidad no es nueva. Ya escribe el dístico medieval: “En otro tiempo, no saber nada fue un vicio, hoy es una virtud; ya nada no es vicio, a excepción de no tener nada”.

Esta sentencia parece escrita para el día de hoy. Proliferan espectáculos audiovisuales en los que per-

---

1. APULEO, De magia 80.

sonas desconocidas manifiestan impúdicamente su ignorancia supina sin ningún tipo de complejo. Este hecho ha alcanzado unos extremos tan desmedidos que parece que socialmente tiene más aceptación quien no sabe, que quien sabe. El primero hace gracia, el segundo despierta una forma de resentimiento, de envidia y, por eso mismo, se le menosprecia.

Como dice Aristóteles, el ignorante afirma, mientras que el sabio duda y reflexiona. Para llegar a ser sabio, es necesario aprender a interrogar razonablemente, a escuchar con atención, a responder serenamente y a callar cuando no se tiene nada por decir. El sabio sabe que ignora mucho, pero no sabe exactamente qué ignora, porque si lo supiese ya no sería un ser humano. Sabe que lo que conoce es poco, en relación con lo que queda por conocer. Por eso es, esencialmente, un ser humilde, siempre dispuesto a saber más, a preguntar, a cuestionar a los otros. Como dice Isaac Newton, lo que sabemos es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano.

No podemos perder de vista que los sabios, por sabios que sean, no dejan de ser personas y, como tales, son finitas y limitadas. Se les conoce más por sus acciones, que por sus pensamientos. Sólo en la

coherencia entre el pensamiento y la acción se puede realmente verificar si estamos ante una persona sabia.

Muchas veces lo que rebela la sabiduría no son las respuestas, sino las preguntas que una persona es capaz de formular. Las preguntas nos desnudan, ponen sobre la mesa el nivel de profundidad y de penetración que tenemos en la comprensión de la estructura de la realidad. Nos muestran tal y como somos, a través de ellas exhibimos nuestra ignorancia, pero también nuestra destreza en una determinada área temática. Por las obras les conoceréis, ciertamente, pero también por las preguntas que formulan. Como dice Naguib Mahfuz, puedes saber si un hombre es sabio por sus preguntas.

No tenemos suficiente con saber cómo son, queremos saber cómo se han originado, cómo se han transformado las cosas, queremos saber por qué son como son. La pregunta por el porqué de las cosas, tan espontánea y presente en la mente del niño, es irrenunciable en la condición humana. A pesar de todo, constatamos una desproporción entre la capacidad de interrogación y la de respuesta. Lo que son las cosas no nos satisface. Queremos saber por qué son así. Nuestra capacidad para preguntar no tiene límites,